

L-429-H

EL ASILO TOVAR

Dedicatoria. — Cómo empezó á funcionar. — Algunos casos de tífus. — La primera clausura. — El Asilo vuelve á funcionar. — Algo de sociología. — Cesión del Asilo por el Ayuntamiento á la Matritense de Caridad. — Desarrollo de la epidemia tífica de 1909. Última clausura del Asilo. — Un nuevo plan.

POR

Ernesto Esteban Gómez

AUXILIAR DE MEDICINA Y CIRUGIA Y ENCARGADO DEL ASILO TOVAR



MADRID -
ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL
Cabestreros, núm. 5.
1909

Ayuntamiento de Madrid

FM 2443

FM 2443

EL ASILO TOVAR

Dedicatoria. — Cómo empezó á funcionar. — Algunos casos de tífus. — La primera clausura. — El Asilo vuelve á funcionar. — Algo de sociología. — Cesión del Asilo por el Ayuntamiento á la Matritense de Caridad. — Desarrollo de la epidemia tífica de 1909. Última clausura del Asilo. — Un nuevo pian.

POR

Ernesto Esteban Gómez

AUXILIAR DE MEDICINA Y CIRUGIA Y ENCARGADO DEL ASILO TOVAR



Reg. 2195,

MADRID

ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL

Cabestreros, núm. 5.

1909

Ayuntamiento de Madrid

A los Excmos. Sres.

DUQUE DE TOVAR

▼
DON ALBERTO AGUILERA

GOBERNADOR CIVIL Y ALCALDE DE MADRID, RESPECTIVAMENTE

No ya por los cargos oficiales que ocupan, sino por las infinitas pruebas que tienen dadas de sus grandes amores por la Beneficencia pública y privada, tengo el alto honor de dedicarles este modesto trabajo.

En él he puesto toda la sinceridad y el desinterés de que soy capaz, y mi más legítima satisfacción sería que tan humilde labor fuese acogida benévolamente.

EL AUTOR

EL total abandono en que se encuentra el Asilo que lleva el nombre de su generoso y filantrópico fundador Excmo. Sr. Duque de Tovar, ha movido mi pluma en la ocasión presente para escribir esta breve y ligera Memoria, en la cual trato de bosquejar la historia de dicho Establecimiento benéfico y los medios que, á mi juicio, debieran ponerse en práctica para que tan valiosa iniciativa del actual Gobernador civil de Madrid, llegue á ser algo de lo que él imaginó al construirlo.

Bajando por el Paseo de los Pontones, á mano izquierda, y enfrente de los cargaderos de mercancías, de la vía de circunvalación, se halla enclavado el Asilo Tovar. Por su aspecto exterior, más parece una casa-palacio que un Asilo de mendigos. Su arquitectura es sencilla y sólida; las paredes exteriores son de ladrillos rojos, y en su fachada principal hay tres grandes arcos que dan acceso al zaguán, en donde están las tres puertas de entrada.

El sitio que ocupa no puede ser más higiénico ni más pintoresco; sus cuatro fachadas son refrescadas por todos los vientos, y parece casi imposible que este lugar haya sido teatro y origen de una epidemia tífica tan intensa como la desarrollada en Madrid en la primavera de 1909.

El Sr. Duque de Tovar, queriendo sin duda que el Asilo sirviese para alivio de las gentes más desvalidas y menesterosas, tuvo el acuerdo de cederlo al Municipio, para que éste resolviera en parte el tan decantado problema de la mendicidad, toda vez que una institución particular no hubiera desempeñado las funciones de policía y de buen régimen que para esta labor social se precisan.

Por desdicha, la Beneficencia municipal, no es aquí en Madrid, y en cuanto á estos servicios se refiere, lo suficientemente próspera y bien organizada.

En el mes de Marzo de 1904, empezó, pues, á funcionar el Asilo para dar albergue á los mendigos encontrados en la vía pública.

Veamos cómo se procedió á ello:

Las quejas formuladas por la Prensa acerca del excesivo número de mendigos que asaltaban y molestaban al transeunte en las calles más céntricas, fueron el acicate para que el Sr. Marqués de Lema y el Conde de San Luis ordenasen á los guardias municipales y de Orden público que detuvieran á cuantos individuos hallasen implorando la caridad pública.

Sin más criterio que éste, y obedientes á tal consigna, los agentes recogían, no sólo á los mendigos profesionales, sino á pobres vergonzantes y á obreros sin hogar, llevándoles á viva fuerza al Asilo.

Allí se retenía á todos los desheredados de la fortuna, sin que entre ellos se estableciese diferencia alguna; todos en una promiscuidad repugnante y antihigiénica, llegando el número de asilados á 400, siendo así que el Asilo no es capaz para albergar en condiciones regulares de salubridad á más de 200 individuos.

¿Qué hacían estos degenerados en el Asilo durante las veinticuatro horas del día? Pues no hacían nada: ni malo ni bueno. Sus instintos de vagos, parecían anularse en aquel lugar que se les ofrecía como un presidio; allí descansaban en una holganza perpétua, aumentando sus carroñas y su miseria con la quietud de sus vidas y el calor de sus estómagos bien nutridos.

Como carecían de medios para atender á su aseo personal, poco á poco iban fermentando sus lacras y sus costras, enrareciendo el ambiente y determinando el desarrollo de esas enfermedades infecciosas que se denominan con las aterradoras palabras de tífus y sarna.

De tal modo, no tardaron en producirse algunos de estos casos y, el Asilo fué clausurado, obedeciendo las oportunas disposiciones é iniciativas del Sr. Becerra, Director de los Asilos municipales, ante el temor de que el contagio se multiplicara.

Poco tiempo después se volvió á abrir para que sirviese de refugio durante las noches, sin darles más que albergue, á los que voluntariamente acudían.

Puede decirse que, durante esta época, fué cuando más beneficios reportó el Asilo, pues no acogiendo á los mendigos más que para dormir, el ambiente se renovaba durante las horas del día, y las enfermedades de los asilados no se propagaban á los demás. La enfermedad se marchaba con el paciente á la calle.

La conmiseración y la piedad hacían ahora algo de lo que antes hicieron la imprevisión y el mal régimen. Las puertas del Asilo Tovar no se cerraban en las crueles noches del invierno al hampa ni á la mise-

ria, y en sus salones se acinaban 500 ó 600 hombres.

Para dar una breve idea de carácter sociológico acerca del mutismo y de la indiferencia á que llevan las necesidades materiales de la vida y la falta de cultura á esas pobres gentes, dignas de regeneración y de atención públicas, voy á relatar un caso que retrata algo del carácter moral de estos seres. Ello pone de manifiesto cómo la miseria anula y castra los más dignos sentimientos del hombre, apagando en él toda rebeldía y convirtiéndole en algo aun más inferior que la bestia.

Era el mes de Enero, y el invierno había desatado todas sus inclemencias atmosféricas sobre Madrid; un frío intenso y una lluvia copiosa de varios días, llevaban al Asilo á centenares de pobres. Entre éstos iba un viejecito, pálido y demacrado; la historia de su vivir infortunado, era una de tantas historias vulgares. ¡Pero era tan simpático aquel anciano!

La primera noche que llegó al Asilo, me dijo que estaba muy enfermo.

—¡Yo me moriré uno de estos días, cuando menos lo espere!

Y en efecto, á la mañana siguiente, al entrar en una de las salas á desperezar á los rezagados, ví que el viejecito ya no existía.

Sus presentimientos se habían cumplido.

Inmediatamente dí aviso al Juzgado de guardia; pero el Juzgado de guardia no pareció por el Asilo en todo el día. Aquel cadáver, muerto repentinamente y sin asistencia del forense, no podía legalmente moverse de sobre el camastro.

La noche avanzaba y los mendigos empezaron á

llegar pidiendo asilo; se ocuparon todas las salas menos la que ocupaba el muerto; pero llegó el momento en que había que despedir á los infelices sin hogar ú ofrecerles cama en compañía del cadáver. Entraron al fin, y todos, instintivamente, se apercibieron de la presencia del cuerpo inanimado.

Hubo en los labios de alguno un sentimiento leve de protesta. Yo los atajé con este razonamiento:

— O dormís á cielo raso en la calle, ó le hacéis compañía al viejo. Su muerte no ha sido producida por enfermedad contagiosa, y vuestras vidas no corren peligro.

Ninguno contestó. Se fueron todos acomodando poco á poco en los lugares más distantes al sitio que ocupaba el cadáver.

Llegaron más y más. Aquella noche fué horrible. Una formidable tormenta hacía retemblar el Asilo, y cuando ya, transcurrida la media noche, y repleto éste, llegó el furgón, observé que con dificultad podía distinguirse al muerto entre aquel hacinamiento de unos cuerpos con otros.

Abriéndonos paso entre los durmientes, le recogieron los mozos en el ataúd y volvimos á salir. El que más se apercibió y sintió la transcendencia del acto, alzó la cabeza un minuto para bajarla luego y seguir durmiendo bestialmente.

* * *

De tal manera venía funcionando el Asilo, hasta que fué entregado por el Municipio á la Asociación.

Matritense de Caridad, sociedad que implantó, al hacerse cargo del mismo, igual régimen que el establecido en principio por la Beneficencia Municipal, y que tan deficientes resultados diera.

Se hizo un depósito de mendigos, y se dió albergue nocturno á unos cuantos. A los detenidos ó asilados, se les denominaba *fijos*, y á los otros, *transeuntes*. A los primeros, se les daba de comer y estaban reclusos en el Asilo, sin que se adoptaran medidas de represión contra la vagancia ni contra el hampa.

De tal modo, volvieron á reproducirse los casos de tífus en mayor escala que en la primera época, y su crecimiento fué tal, y tan funesto, que dió origen á la epidemia espantosa de la última primavera de 1909.

Ante la gravedad de las circunstancias, yo, aun cuando esto sea inmodesto, propuse, en unión del malogrado doctor Cornejo, instalar una enfermería. En ésta, llegaron á colocarse diez camas; pero como el número de atacados por el tífus era mayor y no había hospital donde llevarlos, nuestros esfuerzos fueron inútiles en parte.

También, sin recursos especiales, despertando el estímulo entre algunos asilados, organicé una escuela de primeras letras, en la que habrían de recibir mis enseñanzas algunos infelices pequeñuelos.

Poco tiempo después, el desarrollo de la epidemia obligó al Ministro de la Gobernación á intervenir en el asunto, y se clausuró el Asilo.

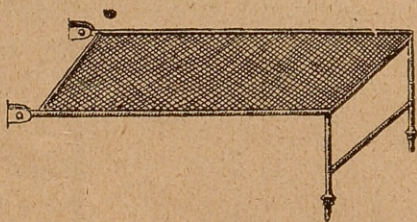
Estas, pues, fueron las gestiones de la Asociación Matritense de Caridad; otras más beneficiosas hubieran sido, si en lugar de haber obrado por su cuenta y riesgo, animada de excelentes deseos, pero sin la expe-

riencia y la práctica que para estas funciones benéficas se requieren, hubiera llamado en su ayuda y no hubiese prescindido del valioso concurso y de las dotes de organizador que caracterizan á D. Pablo García Becerra, actual director de los Asilos Municipales, el cual, desde que ocupa este puesto, viene dando infinitas muestras de su valer y de su inteligencia. Buena prueba de ello es, entre otras, el funcionamiento y régimen interior de los Asilos de San Bernardino.

Hecho este ligero esbozo de lo que ha sido el Asilo Tovar, y en vísperas de que su reapertura sea un hecho, demandado por las exigencias de la miseria en el próximo invierno, yo voy á exponer rápidamente un plan detallado y minucioso de lo que á mi entender pudiera hacerse, para, sin grandes desembolsos económicos, convertir este Asilo en eficaz auxilio de los desvalidos.

LO QUE PUDIERA HACERSE

Después de sustituido el pavimento de madera y tierra que hoy existe, por uno de asfalto que permita lavarlo y desinfectarlo cómodamente, además del blanqueo de paredes, arreglo de inhodoros, cocina, etc., he aquí el presupuesto de instalación de camas de hierro y tela metálica ideado por mí, en sustitución del anti-higiénico y sucio camastro de madera usado hasta ahora.



Estas camas, adosadas á la pared, tienen la ventaja de poderlas alzar del suelo, sin necesidad de ser trasladadas de sitio; son de una gran solidez, y permiten hacer la limpieza diaria de las salas con una facilidad grandísima. Su coste total, comprendida una colchoneta, almohada y manta, sería, cuando más, el de 30 pesetas.

El Asilo habría de servir para dar cama, cena y desayuno á 200 mendigos, únicos que pueden albergarse higiénicamente.

El precio de estas 200 camas, sería en total de 6.000 pesetas; y en cuanto al presupuesto mensual para atender á la módesta cena y desayuno, consistentes en un plato de sopa la primera, y un vaso de café con leche y pan el segundo, pudieran importar, á razón de veinticinco céntimos diarios por individuo, MIL QUINIENTAS PESETAS. Esto aparte de la compra de platos y cucharas, en la que se invertirían unas 150 pesetas.

Es decir, que después de hecha esta instalación de camas y reparación del Asilo, se podrían socorrer eficaz y diariamente á 200 pobres, por la cantidad casi insignificante de MIL QUINIENTAS PESETAS mensuales. Añadiendo tan sólo el pequeño aumento que la conservación y reparación del material requieren.



En breve aparecerá el libro de verdadero interés social, titulado:

LOS POBRES

Y

LA BENEFICENCIA PÚBLICA Y PARTICULAR

EN MADRID

PRIMERA PARTE

Estudio detallado de todas cuantas Asociaciones é Instituciones benéficas funcionan en la actualidad.—Reformas que se imponen.

SEGUNDA PARTE

El mendigo profesional.—El golfo.—El hampón.—La miseria en la clase obrera.—El vicio y su explotación.—Comentario final.

PRECIO DE ESTA OBRA:

2,50 pesetas en toda España.